

UN INFIERNO DE ROCA Y CIELOS ESTRELLADOS

Eduardo Enjuto Vázquez

Adam sacó dos cigarrillos y le ofreció uno a Pati.

—¿Crees que es seguro? —preguntó ella—. Quizá no tengamos mucho aire.

—¿Realmente importa?

—No, creo que no. Anda, dame uno.

Pati le dio una calada al cigarrillo y aguantó las ganas de toser, porque hacía años que había dejado de fumar. Adam fumaba poco, pero en aquel momento, con varias toneladas de roca sobre sus cabezas, compartir un cigarrillo con la mujer que lo había conducido hacia la muerte parecía una gran idea.

Cuatro horas antes, en medio de una tormenta, Pati aseguraba los empotradores y colocaba los mosquetones. La reunión era precaria, y no sabía si resistiría mientras descendían cinco personas por la cuerda. Cada relámpago les cegaba y cada trueno arrancaba gritos a los niños. El viento amenazaba con hacerla salir volando, pero Pati aguantaba, colocaba otro mosquetón, pasaba la cinta, apretaba, aseguraba. “Por favor, saca de aquí a nuestros hijos”, le habían dicho Adam y Araceli, y ella estaba dispuesta a conseguirlo a cualquier precio.

—¡Escuchadme bien! —gritó Pati—. ¡Tenéis que bajar primero uno de vosotros! ¡Araceli, lo harás tú! Cuando llegues abajo, monta otra reunión y asegura la cuerda. Bajarán tus hijos después, así que tiene que estar tensa o caerán demasiado rápido, ¿entendido?

Araceli asintió, no demasiado convencida. Pati sabía que su amiga no tenía experiencia en ese tipo de situaciones, pero no tenían otra opción. Primero bajaría ella, luego los niños, y luego Adam. Era mejor que el padre se quedara con ellos hasta que la madre asegurara el siguiente punto en la pared, cincuenta metros más abajo. Sólo tenían que repetir la operación unas cuantas veces y podrían escapar sanos y salvos de aquel infierno.

Araceli hizo su trabajo, aseguró la cuerda, dio unos tirones como aviso y Pati preparó a los niños para bajar. Primero Iñaki, luego Yosune. Llegaron hasta su madre, se aseguraron a la pared y esperaron a que bajaran Adam y Pati. Cincuenta metros menos. La tormenta arreciaba mientras preparaban el siguiente rapel.

—¿Pensabas que morirías así? —preguntó Adam mientras terminaba su cigarrillo—. Imagino que sí, porque no es tu primer accidente, pero seguro que no esperabas acabar sepultada por una avalancha de piedra.

Pati guardó silencio. Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad de la cueva, y el brillo del cigarrillo encendido parecía una luciérnaga macabra, moviéndose a su alrededor y consumiendo el aire.

Las palabras de Adam le hicieron pensar. Conocía los riesgos que corría al enfrentarse a las montañas y la roca, como todos los alpinistas, pero siempre había pensado que moriría en la cama, ya anciana, rodeada por sus amigos y familiares. En aquella ocasión, además, la ruta era fácil y poco comprometida, para que los hijos de Araceli y Adam, que ya habían escalado algunas vías sencillas, se enfrentaran a algo más técnico.

—Será fácil y divertido —había dicho ella cuando planeaban el fin de semana en su casa—, y los chicos aprenderán un montón, ya lo veréis.

—¿No será muy complicado para ellos? —preguntó Araceli.

—Bah, pueden con esto y con menos, no te preocupes —respondió Pati, y todos se echaron a reír.

En aquel momento pareció un plan estupendo. Sería otro fin de semana de aventura, de adrenalina, de naturaleza salvaje y superación. “Porque hay que vivir con intensidad cada momento”, decían, “y sólo así nos sentiremos parte del mundo”.

Porque hay que vivir cada día como si fuera el último.

La tormenta arreciaba y castigaba la montaña cada vez más fuerte, pero con cada rapel se encontraban más cerca del suelo, y tenían más probabilidades de salir de allí con vida. Cincuenta metros más, reunión, dejar que bajen los niños, luego Araceli, Pati llegando hasta ellos y comenzando de nuevo el proceso. Otra vez, y otra. Llegaron hasta El Cuenco, una gran repisa donde podían descansar y montar el último rapel. Los relámpagos iluminaban el cielo mientras Pati se movía todo lo rápido que podía, confiando en que ninguno de ellos impactara contra la pared. Instaló la reunión, bajó Araceli, bajaron los niños y notó los tirones de la cuerda: Habían llegado a la base de la pared.

Casi lo habían logrado.

Ayudó a Adam a colocarse, se preparó para bajar a continuación y entonces, durante un segundo, el cielo brilló como si el sol hubiera atravesado las nubes y se precipitara contra la tierra.

La tierra tembló. El suelo se abrió bajo sus pies y cayeron al vacío mientras la pared se precipitaba sobre ellos.

—¿Te apetece otro cigarrillo?

Pati negó con la cabeza, pero Adam no podía verla en la oscuridad de la cueva.

—No gracias —respondió cuando se dio cuenta. Se encontraba mareada y tenía mucho calor. —Creo que no deberías fumar, yo... Tengo mucho calor. Quizá empieza a faltarnos el aire.

Adam se volvió hacia ella, algo preocupado.

—No es el aire. ¿No lo notas? Hay algo de corriente, así que no nos faltará oxígeno... ¿Te encuentras bien? Ven, te ayudaré a quitarte la chaqueta. Tenemos que comprobar que no estés herida.

Pati se quitó la mochila y la chaqueta. Seguía sudando. Notó algo caliente que le resbalaba por la espalda.

—Creo que me he cortado al caer. Échame un vistazo, por favor.

Adam la ayudó a desvestirse. Pati tenía cortes en la espalda y las piernas. No eran profundos, pero sí numerosos. Adam buscó dentro de su mochila y sacó un pequeño botiquín.

—Desnúdate del todo —dijo—, voy a vendarte las heridas.

Pati obedeció. Había notado la corriente de aire y eso la tranquilizaba. Podrían morir por mil causas diferentes, pero no sería asfixiados y, si Adam hacía bien su trabajo, tampoco desangrados.

Cuando el rayo golpeó la pared, Araceli estaba ayudando a Iñaki a quitarse el arnés. De forma instintiva, los tres se arrinconaron contra la pared, intentando protegerse de la caída de piedras. Con un ruido ensordecedor, el grueso de la avalancha cayó sobre la repisa en la que se encontraban Adam y Pati.

“Dios mío”, pensó Araceli, “que les haya dado tiempo a salir de allí”. Esperó un rato, pero lo único que bajó por la pared fueron más rocas y las cuerdas que habían usado para descender, cortadas durante el impacto. Araceli se llevó las manos a la boca y contuvo un grito. Iñaki y Yosune se encontraban aún pegados a la pared, acurrucados y temblando de miedo. Su

madre les miró y tomó una decisión: Tenían que marcharse y buscar ayuda, o todos morirían en aquella montaña.

Adam intentaba limpiar y vendar a Pati con toda la prudencia y el decoro que le era posible, teniendo en cuenta que trabajaba a oscuras y que la chica no dejaba de moverse.

—Ahí no tengo heridas, Adam.

—Perdona, yo... Estate quieta, ya casi he terminado.

Cuando pensó que los cortes más importantes ya estaban controlados, Adam notó que estaba sudando, y que también empezaba a marearse. Se hizo un examen rápido, y se dio cuenta de que sangraba por varios cortes. Se desvistió y trató de tapar las heridas como pudo. Prefirió hacerlo él para que Pati descansara.

El silencio era total. Adam, que estaba más asustado de lo que aparentaba, buscó la mano de Pati y se la cogió. El contacto y el calor de su piel lo reconfortaron.

—¿Te puedo hacer una pregunta? —dijo al cabo de un rato. Pati asintió con la cabeza, pero en esta ocasión no hizo falta que dijera nada, y Adam siguió hablando. Le temblaba la voz.

—¿Ha merecido la pena? Quiero decir... Tú te has pasado la mitad de la vida en la montaña y... ya sabes. Vivir cada día como si fuera el último. ¿Eso es la vida, Pati? ¿Ha merecido la pena?

Pati guardó silencio. ¿Qué podía decir? Sí, se había perdido muchas cosas. No se había planteado tener hijos, casi no recordaba a sus amigos de la infancia, pasaba las Navidades lejos de su familia, en tierras heladas y rodeada por gente extraña. Cuando sus amigos hablaban de *Perdidos* o de *Juego de Tronos*, ni siquiera sabía a qué se referían, y respecto a tener una pareja... Había conocido muchas, pero todas se alejaban cuando comprendían que Pati

jamás podría comprometerse para toda la vida, ni con una persona, ni con un lugar. Quizá ni siquiera con ella misma.

Recordó a Miriam, su más querida amiga, y aquella que más le había enseñado sobre la montaña. Descansando en una hamaca, colgadas a 500 metros del suelo en la pared de *El Capitán*, Pati se preguntaba qué hacían allí, qué oscuras razones les habían llevado a ese valle, a esa pared y a esa vía de escalada.

—No le des vueltas —había respondido Miriam—. A veces sientes un “clic” en la cabeza, como si un interruptor se activara, y entonces ves el mundo con otros ojos. Ya no te apetece estudiar, ni salir con los amigos, y la ciudad se te queda pequeña. Necesitas moverte, descubrir cosas nuevas, y cada día que pasas sin asombrarte por algo te parece un día perdido.

—Pero tú ya habías escalado esta pared antes.

—Sí, tres veces, y cada vez es diferente. No es la montaña, Pati, es la vida. No necesitas forzarte cada vez más, y arriesgarte, y viajar al otro lado del mundo. Basta con prestar atención a lo que vives, con aprovechar el momento, ¿me comprendes? Todo se vuelve interesante si le prestas la suficiente atención.

Miriam había desaparecido en la India dos años después. Su campamento quedó sepultado bajo una avalancha de nieve y jamás se encontró su cuerpo. A veces, Pati recordaba aquella noche en la pared, bajo las estrellas, y pensaba que Miriam no había muerto y que seguía viajando, descubriendo cosas nuevas y asombrándose por algo diferente cada día que pasaba.

¿Qué podía decirle a Adam? Se conocían desde hacía muchos años, pero habían seguido caminos distintos. El se casó, tuvo hijos, se compró una casa, y parecía más feliz que ella. ¿Había desperdiciado la vida buscando algo que no existía? ¿Qué significaba de verdad aprovechar el momento? ¿Llevar una vida apasionada? ¿Morir? Pensó que, quizá, ninguna persona es

totalmente feliz hasta que muere, hasta que, con su último aliento, sonríe al saber que ha merecido la pena.

—Sí, ya lo creo.

—¿Perdona? —preguntó Adam.

— Ya lo creo que mi vida ha merecido la pena. Hasta el último segundo, Adam. ¡Y la tuya también! Tienes unos hijos fantásticos y seguro que te han hecho feliz. Eso es lo que cuenta.

Adam pensó en Araceli y en sus hijos. ¿Habrían sobrevivido? Estaba casi seguro de que sí, porque el rayo golpeó la pared cuando se encontraban en la base, y podrían haber huido. Si tuviera una forma de saberlo con seguridad, si pudiera saber que se encontraban bien... Pero era imposible. Moriría en la oscuridad y en la ignorancia.

“No es mala muerte”, pensó.

—¿Pati?

—Dime, Adam.

—¿Crees que brillarán las estrellas? Ya será noche cerrada. ¿Crees que se habrá despejado el cielo?

—Por encima... de las nubes —respondió Pati con esfuerzo—. Por encima de las nubes siempre brillan las estrellas. Aunque no las veamos, están ahí. Nos sobreviven.

—Eres la mejor, Pati. Gracias por... por todo. Por traerme hasta aquí. Por dejarme vivir este momento. Contigo.

Adam se desmayó.

Sintió una luz intensa, abrió los ojos y vio la sonrisa de Araceli. Luego llegó el dolor, y se despertó completamente. Se encontraba en un hospital.

—¡Araceli! —dijo en voz alta—. ¡Por dios, estás bien! ¿Los niños? ¿Están...?

—Sanos y salvos, tranquilo. Tú descansa.

—¿Y Pati?

—Se recuperará. Está malherida, pero sobrevivirá.

Adam cerró los ojos de nuevo y respiró profundamente. “El último aliento tendrá que esperar”, pensó.

Lo último que escuchó, antes de quedarse de nuevo dormido, fue la voz de Araceli burlándose de él.

—Pero algún día tendrás que explicarme —decía— por qué estabais los dos desnudos cuando os encontramos.